

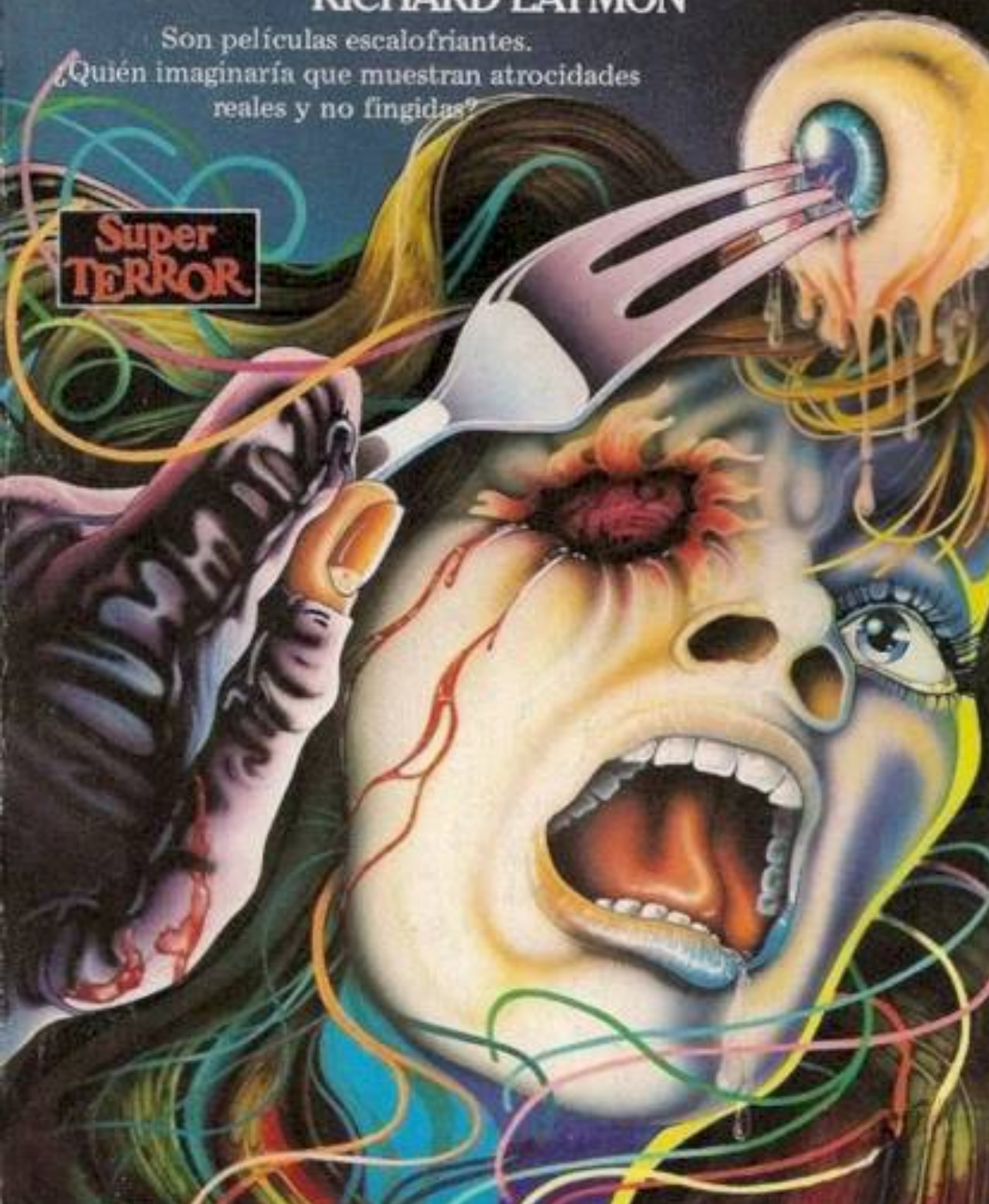
APAGADAS ESTAN LAS LUCES

RICHARD LAYMON

Son películas escalofriantes.

¿Quién imaginaría que muestran atrocidades
reales y no fingidas?

**Super
TERROR**



Richard Laymon es el pionero y el maestro del "gore", la forma de terror equivalente en el campo de la novela a lo que "Halloween", "Viernes 13" y "Reanimator" son en el cine.

Barlow es un pueblo de aspecto apacible, en el que los turistas se detienen a descansar antes de proseguir el viaje. Pero detrás de su engañosa fachada bucólica se oculta un universo pervertido donde pululan monstruos abyectos... Un grupo de recién llegados se convierten en fugitivos desesperados que entablan una desigual batalla con las potencias blasfemas del mal.

Apagadas están las luces: Cada semana, cuando se apagan las luces, el cine del pueblo proyecta una nueva película de terror. Las escenas impresionan por su realismo: los cuerpos desmembrados, las vísceras arrancadas, las decapitaciones, los banquetes antropofágicos..., todo produce una sensación de autenticidad. Los espectadores reaccionan histéricamente, pero se consuelan pensando que son trucos cinematográficos.

Apagadas..., apagadas están las luces..., ¡todas ellas!

Y sobre cada temblorosa forma,
cae el telón, palio funeral,
con la acometida de una tormenta.

Y los ángeles, pálidos y tenues,
alzándose sin velos, afirman
que la obra es la tragedia Hombre,
y el héroe, el Gusano Conquistador.

EDGAR ALLAN POE

Prólogo

—¿Estás segura de que no es visitada por los fantasmas? —preguntó Ray.

La casa de estilo Victoriano, curtida por la intemperie, arrojaba su sombra sobre el patio delantero lleno de malezas y el Trans Am de Ray.

—¿No sería estupendo? —dijo Tina—. Nunca he visto un fantasma.

—Esta puede ser tu gran oportunidad.

Ray tiró de la manija de la portezuela, pero vaciló y volvió a mirar por el parabrisas. Se mordió el labio inferior.

—¿Prefieres que no nos quedemos? —preguntó Tina—. Quiero decir, sólo porque Todd se ofreciera a permitirnos usarla, no estamos obligados a quedarnos. Podemos buscar algún otro lugar si quieres. Un motel o algo así.

—Creo que servirá —dijo Ray.

—Simplemente es vieja. Me dijo que no esperara demasiado. La compró para acondicionarla.

—¿Y cuándo piensa empezar?

Tina sonrió.

—Puede que sea maravillosa, una vez estemos dentro.

—No me gustan esos barrotes en las ventanas.

—Ha tenido unos cuantos problemas con los gamborros. Esto está tan aislado...

—Sólo espero que no se produzca un incendio. Un lugar viejo como éste ardería como papel. Y esos barrotes... No sé, Tina. Me da mala espina.

—Has visto demasiadas películas, ese es tu problema.

—¿De veras?

—Echemos al menos una mirada dentro.

—¿Por qué no?

Salieron del coche. En la sombra, la brisa del océano puso carne de gallina en la desnuda piel de Tina. Echó hacia delante el asiento trasero del coche, y rebuscó algo detrás.

—Deja la comida y las cosas hasta que hayamos echado una mirada.

—Estoy buscando mi blusa —dijo Tina.

La encontró metida detrás de la cesta de picnic que habían usado en la playa, y tiró de ella.

Ray hizo una mueca de disgusto mientras se la ponía.

Tina sonrió.

—No quiero que los fantasmas me vean en bikini —dijo.

—No hay nada peor que un fantasma lascivo.

Mientras ella se abrochaba la blusa, Ray metió una mano por la parte de atrás del sucinto pantaloncito de su bikini. La piel de Tina estaba húmeda aún del baño. Ella agradeció aquella mano cálida y seca.

Él empezó a retirarla.

—Ohhhh, sigue...

Ray le dio una palmada en el trasero.

—*Tempís is fugitating*. Echemos una mirada al interior, y luego vayámonos. Hay un buen trecho hasta el motel más cercano.

—Quizá después de todo te guste.

—Bueno, el precio no está nada mal. ¿Tienes la llave?

—Aquí.

Alzó su bolso del suelo del coche, y se lo colgó del hombro.

Cruzaron el patio lleno de maleza y subieron media docena de escalones hasta un porche cubierto que se extendía a lo largo de toda la parte frontal de la casa. Mientras rebuscaba en su bolso, Tina vio el pesado llamador de bronce de la puerta...; una calavera.

—Aquí tienes a tu Todd —dijo, sonriendo—. No es extraño que comprara el lugar. Es tan él.

Ray no pareció divertido.

—¿Qué crees que es Todd, un comecadáveres? —comentó.

—Realmente hay que reconocer que es apuesto.

—¿De veras?

Ella siguió buscando la llave, vuelta hacia la puerta para ocultar su sonrisa. Ray podía ser tan infantil a veces... Era divertido lanzarle el cebo de tanto en tanto, pero sabía también cuándo debía parar. Si iba demasiado lejos, él podía aplicar su tratamiento de silencio.

Encontró la llave.

—¿Listo?

—Como siempre.

La metió en la cerradura, y la hizo girar. El pestillo se descorrió con un clac. Empujó la puerta, gozando con el chirrido de sus goznes.

—Naturalmente, chirrían —murmuró Ray.

—Les echaremos un chorro de aerosol lubricante antes de irnos. Eso lo arreglará.

Aquello hizo sonreír a Ray.

«Todo está bien», pensó ella.

Entró en el vestíbulo sumido en la penumbra, captó con el rabillo del ojo a alguien a su lado, y se echó bruscamente hacia atrás. Colisionó con Ray.

Riendo, él la sujetó entre sus brazos.

—¿Quién es el nervioso ahora? —preguntó, y señaló con la cabeza hacia el espejo de la pared—. Mira que asustarte de tu propio reflejo...

Ella tiró del elástico de los bermudas de Ray y luego lo soltó.

—Bien por ti —dijo. Luego se apartó de él y miró a su alrededor—. El lugar es más bien deprimente —admitió.

Ray accionó un interruptor. La luz del techo se encendió.

—Al menos hay electricidad.

Tina avanzó hasta el pie de la escalera. Los peldaños eran estrechos y empinados. En un descansillo a medio camino, giraban a la derecha y desaparecían.

—El dormitorio debe de estar ahí arriba —dijo.

—Ve tú delante, yo esperaré aquí.

—Ja, ja, ja.

—¿Prefieres que abra yo camino?

—Por favor.

Él cerró la puerta de entrada, y empezó a subir la escalera delante de ella.

—Cuidado —advirtió—. Espejo al frente.

Ella tiró hacia abajo de sus bermudas.

—¡No lo hagas! —protestó Ray sujetándose los a la altura de sus rodillas—. ¿Quieres que tropiece?

—Entonces no seas tan listo.

—Lo siento, lo siento —dijo él, volviendo a subirse los bermudas.

—Eres un tonto —dijo Tina.

—Gracias.

—Y un chiflado, creo.

En lo alto de la escalera, llegaron a un estrecho pasillo. Las dos únicas ventanas, una a cada extremo, estaban cubiertas por pesados cortinajes rojos.

—Encantador —dijo Tina.

—Tu amigo es un gran decorador.

Ray encontró un interruptor. Débiles bombillas cobraron vida en candelabros a lo largo de las paredes.

Probó una puerta. Estaba cerrada.

—Estupendo —murmuró.

—Espero que no sea el cuarto de baño.

Ray probó otra puerta al otro lado del pasillo, y miró a Tina cuando el pomo giró. Empujó la puerta y la abrió. La habitación estaba desnuda.

Tina se alzó de hombros.

—Tiene un gusto más bien austero en cuanto a muebles.

—Yo diría que sí.

Encontraron otras dos habitaciones completamente vacías, luego el cuarto de baño.

—Hemos tenido suerte —dijo Tina.

Entraron. Cuando vio la enorme bañera, Tina sonrió extasiada.

—Es magnífica.

—No hay ducha.

—¡Pero mira su tamaño! Incluso tiene patas. Debe de ser realmente antigua. ¡Muchacho, no puedo esperar!

—¡No pretenderás quedarte aquí!

—Miremos si hay algún dormitorio.

—Si no hay ningún dormitorio, ¿nos iremos?

—Entonces podremos irnos.

Salieron del cuarto de baño. Tina avanzó apresuradamente delante de Ray, y abrió la última puerta de la derecha.

—*Voilà!*

—Mierda —murmuró él.

Llegó hasta el final del pasillo, y miró dentro.

—Bien, no se puede decir que sea miserable, ¿verdad?

—No, está bien —admitió Ray.

Tina se quitó las sandalias con un par de golpes de talón, y caminó cruzando la suave blandura de la moqueta.

—En absoluto miserable.

Se subió a la enorme cama de matrimonio y caminó sobre el colchón, observando el amplio tocador, el armario, y su propia imagen en los grandes espejos de la pared.

Ray la contempló, dejando que una sonrisa aflorara lentamente en su rostro.

—Creo que esto nos irá estupendamente —dijo ella—. ¿No lo crees tú también?

—No está mal.

—Mejor que cualquier mugriento motel, ¿correcto?

—Correcto.

Se dejó caer, brazos y piernas abiertos, sobre el colchón. Sonriendo lánguidamente, se desabrochó la blusa.

—Quizá será mejor que vayamos a echar una mirada abajo —dijo Ray.

—¿Ahora mismo? —Quitándose la blusa, rodó boca abajo. Se apretó contra el suave edredón. Llevándose las manos a la espalda, se soltó la parte superior del bikini—. ¿En este preciso momento? —insistió, arrastrando las palabras.

Y sonrió al cálido contacto de las manos de Ray.

Tina se apartó del cálido cuerpo dormido de Ray. Se sentía reacia a abandonar la cama, pero la habitación estaba casi a oscuras, y tenía hambre. Ray probablemente se despertaría hambriento también. Sería bueno tener la cena caliente cuando se levantara.

Si había alguna forma de calentarla.

Saltó de la cama, tomó su blusa, y se dirigió silenciosamente hacia una de las ventanas. A través de la reja, miró al coche de Ray. Podía traer las bolsas de la comida, y dejar que el equipaje esperara.

De todos modos, sería mejor que subieran también pronto las maletas. Un denso y gris banco de niebla estaba avanzando desde la costa. Colgaba ya entre los árboles cercanos a la carretera. Cuando llegara allí, era probable que quisieran ponerse algo más de abrigo.

Se apartó de la ventana y miró a Ray. Seguía dormido, su bronceada espalda una mancha oscura contra las blancas sábanas. Se puso las sandalias. Con la blusa en la mano, se encaminó a la puerta.

Antes de salir al pasillo, miró hacia ambos lados. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo, y se llamó idiota. ¿Qué esperaba, por el amor de Dios, vehículos circulando?

Se dirigió hacia la escalera. Ray había dejado las luces encendidas. Las bombillas en forma de vela en los candel-

abros de las paredes arrojaban débiles sombras mientras caminaba por el pasillo, sombras dentro de sombras, superponiéndose y persiguiéndose las unas a las otras a lo largo de ambas paredes. Al observarlas agitó los brazos y dio vueltas sobre sí misma. Las sombras se volvieron locas. Pateó y giró, agitando alocadamente la blusa por encima de su cabeza.

Un sonido bajo, como un lamento, la inmovilizó de pronto. Se mantuvo quieta cerca de la escalera, escuchando.

El sonido, reflexionó, había procedido de detrás de la puerta..., la primera puerta junto a la escalera, aquella que habían encontrado cerrada.

Sintiéndose bruscamente tímida y vulnerable, se puso la blusa. La abrochó, con los ojos fijos en la puerta.

Su mano se cerró en el pomo.

¿Y si ahora no estaba cerrada?, pensó.

Apartó la mano.

Retrocedió, observando la puerta, y sintiendo que algo aferraba su estómago, casi como si esperara que la hoja se abriera de golpe. Luego se dio la vuelta y echó a correr hacia el dormitorio.

—¿Ray? —llamó en la oscuridad. Su mano tanteó la pared en busca de un interruptor—. ¡Ray!

—¿Eh?

Lo encontró, y una brillante luz brotó encima de la cama. Ray se sentó, parpadeando.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó.

—Salgamos de aquí.

—Creí que...

—He oído algo.

Él apartó las sábanas, se sentó al borde de la cama, y recogió sus bermudas del suelo.

—¿Qué has oído?

—Sonaba como un lamento.

—¡Jesús!

—Puede haber sido mi imaginación, supongo.

—Pero ¿y si no lo fuera?

—Lo sé.

Rebuscando entre las sábanas, encontró su bikini. Se puso rápidamente el brevísimo slip, metió la parte superior en su bolso, y se apresuró detrás de Ray.

Él se detuvo en el umbral.

—¿Dónde lo has oído?

—Al final del pasillo. Junto a la escalera. Creo que salió de la habitación que tenía la puerta cerrada.

—¡Cristo, eso significa que vamos a tener que pasar por delante!

—Quizá no sea nada.

—Vamos a ir corriendo. Correremos todo el pasillo, y luego escalera abajo, y luego fuera de la casa. —Tomó las llaves de su coche del pequeño bolsillo lateral de sus bermudas—. ¿Preparada?

—Creo que sí.

—De acuerdo entonces. ¡Adelante!

Corrió delante de ella por el pasillo. Tina corrió tras sus talones, intentando no quedarse atrás, pero Ray estaba ya a una docena de pasos por delante de ella cuando la puerta junto a la escalera se abrió de golpe.

Un hombre surgió, su negra capa ondulando, sus colmillos desnudos.

1

—*Perderéis vuestras cabezas*. La dan en el Palacio Encantado, cerca de Lincoln. Ya sabes, ese cine que estuvo tanto tiempo cerrado. Antes se llamaba el Elsinor.

Connie asintió. Recordaba el Elsinor. Había ido muchas veces a él, antes de que cerrara. Era un viejo lugar, edificado hacía mucho tiempo, en los días en que los cines no parecían salas de conferencias..., largos, bajos y desérticos, cinco o seis en un mismo edificio. El interior de éste tenía paredes cubiertas de hiedra, y almenas y torres, como un castillo, y un alto techo azul salpicado de estrellas. Había sido bien bautizado. El Elsinor, el castillo de Hamlet.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó.

—Si quieres... —dijo Dal—. Pero no es el tipo de película que te guste, de todos modos. Tengo entendido que es horriblemente sangrienta.

—Bueno... —«Quiere ir solo», pensó. Se obligó a sonreír—. Es probable que tengas razón. Ve tú.

—¿Estás segura?

«Desea dejarlo bien claro. Debe de remorderle la conciencia, aunque no lo suficiente como para que importe».

—Sí —dijo—. Estoy segura. De todos modos, esta noche quería lavarme el pelo.

—Bueno, está bien —dijo él, reluciente.

—¿Cuánto vas a estar fuera?

—Supongo que volveré a medianoche. Es una sesión doble.

La besó rápidamente, y ella captó el olor de la colonia que le había regalado por su cumpleaños.

—Vas a ser el tipo que mejor huela del cine —le dijo.

Por un instante, él pareció confuso.

—Ah, eso.

—¿Me traerás unos caramelos?

—Desde luego.

—De menta.

—De acuerdo, si tienen. Te veré luego.

—Diviértete. Y no te asustes demasiado.

—¿Yo?

Parpadeó, y se fue.

Connie se quedó junto a la puerta, decepcionada y preguntándose qué iba a hacer. Parecía extraño, tener que pasar la velada sola. Extraño y triste, casi como en la época anterior a Dal.

De lo cual no hacía mucho tiempo, realmente. Hacía tan sólo seis meses que se habían conocido, y se habían ido a vivir juntos dos meses después de eso. Habían estado juntos casi todas las noches desde entonces.

Bueno, también se merecía una noche para ella sola. No debería importarle. Era saludable estar a solas algunas veces.

Él estaba rodeado de gente todo el día, en el trabajo. Obligado a ser educado con todo el mundo, incluidos esos asquerosos que iban a la tienda de tanto en tanto..., esos asquerosos, le decía a ella con los labios apretados, y los ojos entrecerrados por la irritación.

Connie no tenía que sufrir nada de eso. Sola en su apartamento todo el día con la máquina de escribir, sólo se encontraba a los asquerosos que ella misma se inventaba. Luchaba despiadadamente con ellos, y gozaba con esa lucha. Cuando llegaban las tres, sin embargo, estaba agotada. Las siguientes tres horas las pasaba en una solitaria espera.

Espera de ver el rostro de otro ser humano, el único rostro que importaba ya en su vida.

Fue al dormitorio, y empezó a desvestirse para tomar un baño.

«Paso mis días en solitario —pensó—, mientras que Dal los pasa entre una enloquecedora multitud. Por la noche, cada uno de nosotros necesita una cura distinta. No debería reprocharle el que desee un poco de tiempo para sí mismo. No debería sentirme rechazada... Pero me siento rechazada».

Su bata de satén era suave sobre su piel desnuda. Se ató el cinturón y se dirigió al cuarto de baño. Mientras se llenaba la bañera, dejó que la bata cayera. Se metió en el agua. Ésta rodeó sus tobillos, casi demasiado caliente. Al primer momento, cuando se sentó, sintió un hormigueo en la piel.

La bañera estaba llena. Cerró los grifos. Con un suspiro, se echó hacia atrás. El agua ascendió sobre ella, caliente y relajante, hasta que tan sólo su rostro y sus rodillas quedaron por encima de la superficie.

«Esto no está tan mal», pensó.

Cerró los ojos.

Mejor que estar sentada en un repleto y sofocante cine. Mucho mejor.

Dal condujo más allá del Palacio Encantado, y siguió conduciendo. El volante resbalaba un poco en sus sudorosas manos. Los sobacos de su camisa estaban empapados.

¡Bueno, maldita sea, ella bien valía sudar un poco! Jamás había conocido a una mujer a la que deseara tanto.

Desde que la había visto entrar en Lañe Brothers aquella tarde, Dal no había podido apartar sus ojos de ella. Avanzó hacia él, con una sedosa falda plisada acariciando sus piernas, los pechos obviamente ubres bajo la suelta chaqueta de velludillo, agitándose apenas cuando se movía. Su exuberante cabello castaño le caía sobre los hom-

bros, rozando los lados de un rostro tan impresionante que Dal sintió una punzada de dolor.

Se detuvo ante él. Él se quedó mirando fijamente sus verdes y claros ojos.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó.

—Sí. —Ella hizo una pausa, como dejándole saborear el líquido susurro de su voz—. Quiero una colonia para hombre.

—¿Algo en particular?

—La quiero masculina, pero sutil.

Él asintió.

—¿Quiere venir por aquí?

Avanzando de lado hacia el mostrador, dejó que sus ojos resbalaran hasta las manos de la mujer. No llevaba anillo de casada.

—Tenemos un nuevo aroma llamado Ram —le dijo—. Es muy popular.

—Me gusta el que usted lleva.

Él sonrió, y la sangre afloró a su rostro.

—¿Mi colonia?

—Sí.

—Es... —Carraspeó—. Se llama Rawhide. Es nueva, de...

—Déjeme —dijo ella.

Rozándole ligeramente el pecho con los dedos, se inclinó hacia él. Su rostro se acercó al cuello del hombre. Dal notó su respiración.

—Sí —decidió—. Eso es precisamente lo que quiero.

Dal se humedeció los resecos labios.

—¿Alguna otra cosa?

—Sí.

Los labios de la mujer rozaron su cuello, y susurró:

—A usted.

Pensando en todo aquello mientras conducía hacia la casa de ella, Dal apenas podía creer que hubiera ocurrido. Era casi como un sueño.